

Resucitó al tercer día (La resurrección de Jesús en san Agustín)

RESUMEN

La resurrección de Cristo es la victoria total respecto a la muerte. Tiene lugar más allá de este mundo y es para vivir fuera del tiempo y del espacio. La Palabra Resurrección es la que se ha usado para expresar el contenido de la experiencia pascual de los apóstoles. El vencedor de la muerte, Cristo, resucitó a los tres días, se apareció a los suyos y avala toda esperanza de resucitar. La Resurrección no es un suceso más, es algo único en la historia y no es comparable a nada o perteneciente a la otra dimensión, escatológica, es incognoscible y solo es accesible si Él decide comunicarse y lo hace a través de las apariciones. El Resucitado es la explosión y el primer exponente del mundo futuro.

PALABRAS CLAVE: Resurrección, Apariciones, Esperanza, A los tres días, Mundo futuro.

ABSTRACT

The resurrection of Christ is a total victory in regard to death. It is taking place beyond this world and is to live outside time and space. The Word Resurrection has been used to express the meaning of the apostles paschal experience. The victor of death, Christ, rose on the third day, He appeared to His own and guaranteeing all hope of rising. The Resurrection is not one more event, it is something unique in the history, and it is comparable to nothing or belonging to another dimension, eschatological, not recognizable; and only accessible if he decides to communicate it and does so through His apparitions. The Risen One is the explosion and the first exponent of the future world.

KEY WORDS: Resurrection, Apparitions, Hope, On the third day, Future world.

1. INTRODUCCIÓN ¹

La Resurrección es un hecho totalmente inaudito y definitivo. Más aún, es el único hecho del que hay que dar testimonio. La Resurrección rompe toda continuidad con esta vida. La Resurrección no habla de simple perduración, sino de que no hay en el hombre ningún puente oculto para pasar de la corruptibilidad a la incorrupción. Es nueva creación de nueva vida, hecha por Dios a partir del principio de la muerte y superando la muerte. La muerte y resurrección son vistas como parte y culminación del plan de Dios. Para el hombre es una realidad absolutamente original y sin comparación con nada conocido: “La Resurrección de Jesús no tiene paralelo con ningún otro de los sucesos del mundo y de la historia. Se habla de Resurrección como nueva dimensión, que es inobjetivable, irrepresentable e impensable. No puede ser comprendida con acuñaciones tomadas de otras dimensiones. La Resurrección no puede ser conocida más que por manifestaciones del Resucitado. La Resurrección trasciende este carácter interrogante: precisamente porque es entrada en la dimensión de Dios, se convierte en un hecho que solo puede ser efectuado por Dios mismo y que, con su sola afirmación, presupone y plantea necesariamente el problema de Dios” ².

La resurrección es un acontecimiento escatológico, que trasciende el tiempo. Muerte y Resurrección de Jesús es un acto doble, no dos actos sucesivos: “La resurrección funda la fe de la Iglesia y la fe de la Iglesia confiere credibilidad, sentido y verdad a la resurrección... La resurrección no es un hecho empírico, como lo son los del orden material, social, moral de nuestro mundo cotidiano. Es absolutamente real e incide sobre este mundo, pero desde su naturaleza propia; por ello, no es demostrable sino solo perceptible de revelación por un lado y de fe por otro” ³.

¹ En este primer apartado soy deudor de GONZÁLEZ FAUS, J. I., *La humanidad nueva*, Sal Terrae, Santander, 1984, pp. 117-158; GONZÁLEZ DE CARDEDAL, G., *Cristología*, BAC, Madrid 2001, pp. 125-174; BERMEJO, I., *El Símbolo de los apóstoles*, Revista Agustiniiana, 2002, pp. 183-190

² GONZÁLEZ FAUS, J. I., *o.c.*, p. 143.

³ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, G., *o.c.*, p. 142.

Está claro que no se puede decir que la Resurrección es un hecho histórico. Por hecho histórico se entiende aquel que, por su misma naturaleza, es decir, por haber ocurrido en un lugar, tiempo e individuo determinados y pertenecientes al pasado de nuestra historia, es de suyo accesible al conocimiento o a la investigación histórica. En cambio, la Resurrección solo es tangencial a esos datos: toca, si, al tiempo y al espacio. Pero el Resucitado entra en una dimensión nueva que no es la de este tiempo y este espacio. Para cualquier acontecimiento como la Resurrección, solo es posible el esquema aparición o testimonio. La fe en la Resurrección es de un orden distinto a lo que puede causar el testimonio humano, pues la Resurrección, por su misma naturaleza como acontecimiento escatológico, desborda la capacidad de lo que se puede testificar por la palabra humana. La Resurrección tiene una función universal y un carácter soteriológico. Jesús Resucitado es primicia de los que duermen. La Resurrección de Jesús no solo representa a todas las resurrecciones, sino que las precede, es decir: abre el Futuro en cuanto futuro de vida, y no meramente en cuanto simple tiempo por llegar ⁴.

La resurrección fue corporal y no solo psíquica o espiritual y es que la resurrección es personal y, por tanto, corporal. Pero “el Resucitado posee una individualidad tal que no es individualidad limitante sino individualidad comunitaria. Esta es la diferencia entre un cuerpo carnal y un cuerpo espiritual... El Señor Resucitado es Espíritu... Nosotros somos un cuerpo con alma, el Resucitado es un cuerpo con Espíritu... El cuerpo del Resucitado, sin perder su individualidad, tiene, por tanto, un cierto carácter universal, ha adquirido un tipo de existencia que es intrínsecamente comunitaria. Por eso el Resucitado, lo llena todo y lo recapitula todo” ⁵.

Los anuncios de la resurrección están en profunda coherencia con toda la vida entregada en obediencia a Dios y en servicio a los hombres. La resurrección es un acontecimiento que tiene que ver con el fin de los tiempos e identifica a Jesús con el Juez escatológico. Aparece como la forma anticipada de la existencia nueva, que Dios otorgará a

4 Cf. GONZÁLEZ FAUS, J. I., *o.c.* pp. 145-154.

5 *Ibid.*, p. 158.

toda la creación cuando llegue la consumación; por tanto, no hay que interpretarla en sentido biológico o vitalista. Pero, además, el mensaje de Jesús adquiere validez divina a partir de la resurrección y es propuesta y percibida como inicio de la resurrección universal, ya que con ella ha comenzado el fin de los tiempos. “El mensaje de la resurrección de Cristo no se propone en vacío: es la resurrección de alguien que vivió una vida determinada, que creyó en Dios de una manera determinada, que comprendió la realidad, al hombre y a la historia de una manera determinada, que vivió una muerte por unas causas y con unas actitudes determinadas”⁶.

Donde Dios actúa la última palabra no la tiene la muerte sino el amor. Eso es lo que significa la resurrección, pero solo reconocerá al Resucitado quien realice su misma forma de existencia. Hay que reconocer que la muerte y resurrección de Jesús constituye el corazón mismo del cristianismo. A ellas se ordena todo el mensaje precioso de Jesús y de ellas deriva todo el sentido y contenido de la predicación de la Iglesia. Los apóstoles mostraron en su predicación lo que decía la Escritura sobre el Resucitado, pero transmitieron también su significado. Dijeron que la resurrección es la glorificación del Hijo por el Padre. Por la resurrección queda constituido Jesús en su poder, Hijo de Dios, Señor y Cristo, Cabeza y salvador, juez y Señor de vivos y muertos⁷. La resurrección de Jesús, sigue siendo hoy, y lo seguirá siendo, un profundo misterio para todos. Tenemos que afirmar la realidad de la resurrección de Jesús, pero decir que son históricos los relatos de la resurrección es más complejo. La vida en la que vive el Resucitado no es la biológica, no está dentro de la historia, sino que se trata de una vida nueva, distinta y definitiva.

2. EL VENCEDOR DE LA MUERTE, CRISTO

Para Agustín la muerte de Cristo unida a la resurrección, es la que salva al hombre de la muerte, la que vence a la muerte y, a la vez, ilumina la muerte humana: “La muerte humana está relacionada con

6 GONZÁLEZ DE CARDENAL, G., *o.c.*, p. 155.

7 Cf. BERMEJO, I., *o.c.*, p. 188.

otro acontecimiento mucho más misterioso aún, que es el acontecimiento central de la historia: el triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte, mediante su muerte y su resurrección. Este triunfo lleva consigo no solo el vencer a la muerte mediante la resurrección, sino el convertir a la misma muerte en instrumento de justicia y de salvación”⁸. Cuando consideramos la muerte de Cristo no podemos por menos de preguntarnos por qué Dios eligió la muerte de su Hijo para salvar a los hombres, es decir, ¿qué tiene la muerte para ser elegida como instrumento de redención? A esta pregunta Agustín responde diciendo que la muerte del pecador es destruida por la muerte del Justo: “¿Por qué, pues, la muerte de Cristo no había de realizarse? O mejor, ¿por qué, dejando a un lado otros medios innumerables de los que podía echar mano el Todopoderoso, eligió precisamente la muerte como medio, no perdiendo nada la divinidad ni experimentando cambio alguno; y así, al vestir nuestra humanidad, proporciona a los hombres un bien inmenso, pues la muerte temporal e inmerecida del que es al mismo tiempo Hijo de Dios e hijo del hombre nos libró de la muerte eterna, bien merecida?” (La Trinidad 13, 16, 21).

Cristo, hecho hombre, murió en lo que recibió de nosotros, en su carne mortal y así la hace sacramento de salvación: “A esta nuestra doble muerte consagró nuestro Salvador su muerte única, y para obrar nuestra doble resurrección antepuso y propuso su única resurrección como sacramento y ejemplo..., vestido de carne mortal, muere sólo en la carne y resucita en la carne sola, y así la armoniza con nuestra doble muerte, siendo sacramento del hombre interior y ejemplo del exterior... La resurrección del cuerpo del Señor se prueba pertenecer al sacramento de nuestra resurrección interior por aquel pasaje donde, después de resucitado, dice a la mujer: *No me toques, porque aún no he subido a mi Padre...* Que la resurrección del cuerpo del Señor sea ejemplo de la resurrección de nuestro hombre exterior, lo evidencian aquellas palabras a sus discípulos: *Palpad y ved, porque el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo...* La única muerte de nuestro Salvador sirvió de medicina salutar a nuestra doble muerte. Su resurrección

8 MATEO-SECO, L. F., «Escatología», en OROZ, J. y GALINDO, J., *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy, II, Teología Dogmática*, Edicep, Valencia 2005, pp. 962-1009, p. 992.

es ejemplo de nuestra doble resurrección, pues su cuerpo nos proporciona suficiente remedio medicinal en ambas cosas, como sacramento del hombre interior y ejemplo del exterior” (La Trinidad 4, 3, 6).

La carne de Cristo es sacramento de salvación por la voluntariedad de Cristo que ofrece su vida. Su resurrección es la causa de la nueva vida del cuerpo y del alma: “El alma del Mediador demostró que la muerte de su carne no era penal, pues al abandonarla no lo hizo en contra de su querer, sino porque quiso, cuando quiso y como quiso” (La Trinidad 4, 13, 16). Y continua: “Con el sacrificio verdadero de su muerte, ofrecido por nosotros en la cruz, purificó, abolió y extinguió cuanto en el hombre de culpable existía, y que con derecho los principados y potestades reclamaban se expiase con suplicios; y con su resurrección llama a vida nueva a los predestinados, pues a los que llamó justificó, y a los que justificó glorificó” (La Trinidad 4, 13, 17).

Está claro que para Agustín la muerte y resurrección de Cristo constituye una unidad y le convierte en un único mediador; Él es el verdadero sacrificio. La muerte de Cristo es la liberación del hombre de la muerte, es decir, porque Cristo muere y vence a la muerte, el hombre vive o, dicho de otra manera, la muerte de Cristo es liberadora: “Efectivamente *ha descendido*, ha muerto y con la muerte nos ha liberado de la muerte. Matado por la muerte, a la muerte ha matado” (Comentario a Juan 12, 10). Asumió la muerte y mató a la muerte, esta es una de las grandes obras del Señor, que se ha doctorado como médico total, curando la gran herida del hombre: su muerte: “¿Quién es el médico? Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién es nuestro Señor Jesucristo? El que vieron aun quienes lo crucificaron. El que fue arrestado, abofeteado, azotado, embadurnado de esputos, coronado de espinas, suspendido en una cruz, muerto, herido por la lanza, bajado de la cruz, colocado en un sepulcro, ése es nuestro Señor Jesucristo, simple y llanamente él en persona, y él mismo es el entero médico de nuestras heridas... Ese mismo es nuestro entero médico, simple y llanamente ése mismo... Curó tus llagas allí donde soportó largo tiempo las tuyas; te sanó de la muerte eterna allí donde se dignó morir temporalmente. Y ¿murió o, más bien, la muerte murió en él? ¿Qué clase de muerte es la que mata la muerte?” (Comentario a Juan 3, 3).

Es evidente que Cristo no ha merecido la muerte, sino que por puro amor ha cargado sobre sus hombros nuestra culpa y nos ha liberado por su muerte, porque él es la Vida: “Nuestra mismísima Vida descendió acá y tomó nuestra muerte, y la mató con la abundancia de su vida” (Confesiones 4, 12, 19). Y su muerte enseña humildad: “Porque quiso nacer a la manera humana y padecer y morir. Sin haber merecido nada de esto, sino por su altísima bondad: para que nos guardemos del orgullo” (La música 6, 4, 7). Pero la muerte de Cristo no es solo la victoria sobre la muerte, es también el paso a la vida, es decir, en la cruz muere lo viejo y nace lo nuevo, muere lo que Jesús había asumido del hombre y resucita el hombre nuevo. Pero la resurrección de Cristo, en la perspectiva agustiniana, es doble y significa doble victoria, aunque sea solo una muerte y una resurrección⁹. Cristo por nosotros, y porque quiso, ha muerto al pecado y a la muerte, para que nosotros pudiésemos estrenar la vida nueva ahora y, más adelante, la resurrección del cuerpo. El planteamiento en Agustín es muy claro: “Urge al presente explicar, en la medida otorgada por Dios, cómo la unidad de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, armoniza con nuestra duplicidad y nos dispone para la salud. Ningún cristiano duda que nosotros estábamos muertos en el alma y en el cuerpo: en el alma, por el pecado; en el cuerpo, en pena del pecado, y en consecuencia a causa del pecado. Estas dos realidades, es decir, el alma y el cuerpo, necesitaban de medicina y resurrección, a fin de renovar, mejorándolo, cuanto en el hombre había sido deteriorado” (La Trinidad 4, 3, 5; cf. La Trinidad 4, 3, 6)¹⁰.

9 Cf. DROBNER, R. H., «Cristo Mediador y Redentor», en OROZ, J. y GALINDO, J., *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy, II, Teología Dogmática*, Edicep, Valencia 2005, pp. 387-430, p. 425.

10 Como consecuencia de esta resurrección de Cristo se da en nosotros la doble resurrección: “¿Qué decir, por tanto? ¿Cómo entendemos esas dos resurrecciones? ¿Acaso quizá quienes ahora resucitan no resucitarán entonces, de forma que ahora suceda la resurrección de unos, entonces la de otros? No es así porque, si hemos creído rectamente, hemos resucitado con esa resurrección, y nosotros mismos, que ya hemos resucitado, aguardamos para el final la otra resurrección. Pero también ahora hemos resucitado a la vida eterna, si permanecemos perseverantemente en esa fe misma; y resucitaremos a la vida eterna, cuando seremos igualados a ángeles. Él mismo, pues, distingua, él mismo nos aclare lo que he osado decir, cómo acontece una resurrección antes de la resurrección, no de unos y otros, sino de los mismos: muere en la carne, resucita en la carne, asciende en la carne, a la carne

Cristo muriendo, derrama su sangre, y paga el precio de nuestra liberación total: “El diablo, pues, poseía al género humano y con el recibo de los pecados tenía en su poder a los reos de suplicios; dominaba en los corazones de los infieles, los arrastraba, engañados y cautivos, a adorar a la criatura, abandonado el Creador. En cambio, *mediante la fe de Cristo*, que por su muerte y resurrección ha sido afianzada; mediante su sangre, que fue derramada *para remisión de pecados*, miles de creyentes son liberados del dominio del diablo, son unidos al Cuerpo de Cristo y, bajo tan importante Cabeza, por su *único Espíritu*, son vivificados los miembros fieles. A esto llamaba juicio, a esta separación, a esta expulsión del diablo de sus redimidos” (Comentario a Juan 52, 6). Precisamente porque ha muerto el Justo, que no tenía pecado, y que pagó por los hombres injustos, Él se ha convertido en Dueño y Señor: “¿Cuál es la justicia que venció a Satanás? La justicia de Jesucristo. ¿Cómo fue derrotado? Porque, no encontrando en Él nada digno de muerte, sin embargo, le mató. Es, pues, justo que los deudores, por él encadenados, sean libres cuando ponen su fe en aquel a quien sin tener culpa dio muerte. Esto es ser justificados por la sangre de Cristo. Sangre inocente derramada en remisión de nuestros pecados... En esta redención, la sangre de Cristo ha sido dada por nosotros como precio; y al recibirlo Satanás, no se enriqueció, se ató, para que nosotros nos veamos libres de sus lazos, de suerte que ya no pueda arrastrar, envueltos en las redes del pecado, al abismo de la muerte segunda y eterna los que Cristo, exento de deuda, redimió con su sangre, voluntariamente derramada” (La Trinidad 13, 14, 18-15, 19).

En la predicación con frecuencia Agustín habla de la sangre como el precio que Cristo paga por nosotros, pero hemos de reco-

promete la resurrección, a la mente promete la resurrección, a la mente antes que a la carne, a la carne después de la mente. Quien oye y obedece, *vivirá*; quien oye y no obedece, esto es, oye y desprecia, oye y no cree, no vivirá. ¿Por qué no vivirá? Porque no oye. ¿Qué significa «no oye»? No obedece” (Comentario a Juan 19, 10). Habla Agustín de dos resurrecciones en nosotros, nos viene a decir que una resurrección acontece ahora, en ciertas almas por la fe y la otra tendrá lugar al final para todos los cuerpos. Donde encontramos esta reflexión más completa es en los sermones 362 y 127, allí nos habla de la resurrección de los espíritus, de la resurrección del hombre interior, de la resurrección del alma y de la resurrección de los cuerpos que tendrá lugar al final de los tiempos y del juicio final, que asegura la separación definitiva de los buenos y de los malos.

nocer que Cristo ha tenido toda una estrategia para comprarnos, de hecho, Agustín habla de una especie de cebo con el cebo de su sangre: “Para rescatarnos convirtió su cruz en un cebo en el que puso como cebo su sangre... El Redentor, en efecto, derramó su sangre para borrar nuestros pecados. Así, pues, su sangre destruyó aquello por lo que aquel nos tenía sujetos... Vino el Redentor, ató al fuerte con los lazos de su pasión, entró en su casa, es decir, en los corazones de aquellos en que moraba, y le arrebató sus vasos. Nosotros somos esos vasos, que él había llenado de su amargura, amargura que dio también a beber a nuestro Redentor con la hiel. Por tanto, él nos había llenado a nosotros como si fuésemos vasos suyos: a su vez, nuestro Señor al arrebatarnos los vasos y hacerlos propios vertió la amargura y los llenó de dulzura” (Sermón 130, 2).

A Juliano se lo deja claro Agustín cuando le dice que el precio que paga Cristo era necesario para liberarnos y lo que pagó fue su propia sangre (Cf. *Replica a Juliano* 3, 3, 9). La carne de Cristo era como una ratonera donde quedó atrapado el mal: “Engañaste a inocentes y los hiciste culpables. Diste muerte al Inocente: hiciste perecer a quien no debías; restituye lo que tenías en tu poder. ¿Por qué, entonces, saltaste en seguida de gozo por haber hallado en Cristo carne mortal? Era tu ratonera: fuiste capturado con lo mismo que te produjo gozo. Donde exultaste de alegría por haber hallado algo, allí lamentas ahora haber perdido lo que habías poseído” (Sermón 134, 6). En la cruz pagó nuestro precio y nos compró para Él, el nuevo Adán libró al antiguo Adán y a nosotros con él: “Tenemos, pues, como Señor y Salvador nuestro a Jesucristo que, primero, pendió del madero y, ahora, está sentado en el cielo. Pendiendo del madero, pagó nuestro precio; sentado en el cielo, reúne lo que compró... El diablo fue vencido en lo que era su trofeo. Él saltó de gozo cuando, sirviéndose de la seducción, arrojó al primer hombre a la muerte. Seduciéndolo, dio muerte al primer hombre; dando muerte al último, libró al primero de sus propios lazos” (Sermón 263, 1).

Es Cristo el que nos ha comprado, ha pagado el mejor rescate y le pertenecemos: “Cante Cristo, el redentor; gima Judas, el vendedor, y ruborícese el judío, comprador. Ved que Judas hizo una venta y el judío una compra: hicieron un mal negocio, ambos sufrieron pérdidas, y se perdieron a sí mismos tanto el vendedor como el comprador. Qui-

sisteis comprar; ¡cuánto mejor os hubiera sido ser rescatados! Judas vendió, el judío compró; ¡desdichado contrato! Ni el primero tiene el precio ni el segundo a Cristo... Salta de gozo, cristiano; tú saliste vencedor en el contrato entre tus enemigos. Tú adquiriste lo que uno vendió y el otro compró” (Sermón 336, 4). Cristo con su muerte y resurrección desterró todo temor: “Cristo, con su nacimiento admirable y su vida laboriosa, ganó nuestro amor; y su muerte y su resurrección dispuso nuestro temor. En todas sus obras se mostró de tal manera que nos fuera posible conocer hasta dónde se extiende su divina clemencia y hasta dónde podía ser elevada la debilidad humana” (La utilidad de creer 15, 33).

3. RESUCITÓ AL TERCER DÍA Y VENDRÁ A JUZGAR

A los tres días puede tener un sentido cronológico, que es difícil de fijar o un sentido teológico y entonces puede significar la pronta intervención salvadora de Dios en favor del justo, cuando este se encuentra en una situación de peligro. En este caso significa que Dios viene en ayuda de Jesús tras su muerte. En este segundo sentido puede hacer referencia a Oseas 6, 2: “Dentro de dos días nos dará la vida, y al tercer día nos levantará y en su presencia viviremos” y en este sentido designaría un breve lapso de tiempo.

La resurrección de Jesús está expresada con claridad en la Escritura y esta verdad constituye el punto nuclear de nuestra fe. Afirmer la resurrección de Jesús llevaba consigo admitir su divinidad y la resurrección de la carne. Los apóstoles tienen conciencia de que la resurrección de Jesús ocupaba el centro de la fe que debían de transmitir. En Agustín el tema aparece en los sermones y en sus libros, en los últimos es una reflexión más sólida y coherente. Por medio de la resurrección es aniquilada la muerte. La resurrección es algo que hemos conocido por la fe, pero también la razón humana es capaz de descubrir: “El sabio, en cuanto lo permite la capacidad humana, imita a Dios; en cambio, el hombre ignorante, para que la imitación en él sea fructífera, no tiene otro modelo tan cercano como el sabio. Pero como, según se dijo antes, al ignorante le resulta difícil la aprehensión por medio de la razón, convenía que a sus ojos se ofrecieran algunos

milagros –los ignorantes se sirven mejor de los ojos que de la razón–, para que, con la previa purificación de su vida y de sus costumbres bajo la dirección de los hombres doctos, se dispusieran para aceptar la razón... (De la utilidad de creer 15, 33).

La resurrección entre dentro de los temas de creencia y es lógico porque supera la capacidad de la razón: “Creemos también que resucitó de entre los muertos al tercer día. Primogénito entre los hermanos que le habían de seguir, a los que llamó a la adopción de hijos de Dios y se dignó hacerles copartícipes y coherederos suyos” (La fe y el símbolo 5, 12). Pero con relación a “el tercer día”, la opinión de Agustín es digna de tenerse en cuenta. En un momento dado, nos presenta cómo maneja él los tiempos para que la expresión tenga sentido: “Pues tampoco el mismo triduo de la muerte y resurrección del Señor puede entenderse rectamente a no ser desde este modo de hablar que emplea la parte por el todo... Si se computa el tiempo, sea desde que entregó su espíritu, sea desde que fue sepultado, no se halla íntegro más que el día del medio; es decir, tomemos el día del sábado entero, esto es, con su noche; en cambio, respecto a los días que le dejan en el medio, es decir, la preparación de la Pascua y el primer día de la semana, al que llamamos domingo, entendamos el todo por la parte. ¿Qué ayuda el que algunos, coartados por estas estrecheces y desconocedores de que este modo de expresión, es decir, el todo por la parte, es de gran valor a la hora de solucionar los problemas de las santas Escrituras, quisieron contar como noche aquellas tres horas, de la sexta a la nona, en que se oscureció el sol, y como día las otras tres horas en que de nuevo fue devuelto a la tierra, es decir, desde la nona hasta su ocaso?... Sólo queda, pues, que, mediante aquel modo frecuentísimo de hablar de las Escrituras por el que se entiende el todo por la parte, hallemos como día inicial el tiempo de la preparación de la Pascua en que el Señor fue crucificado y sepultado, y por esa su última parte tomemos el día entero que ya había transcurrido; el día del medio, en cambio, es decir, el sábado, lo tomamos no por una parte, sino en su totalidad; el tercero, a su vez, por su parte primera, es decir, por la noche con su tiempo de día. Así resultará el triduo” (La concordancia de los evangelistas 3, 24, 66)

Se esfuerza Agustín por aclarar lo del tercer día afirmando que todos los cristianos lo aceptan y creen así y lo explica apelando a la

Escritura: “Ningún cristiano pone en duda que Cristo, el Señor, resucitó de entre los muertos al tercer día. El santo evangelio atestigua que el acontecimiento tuvo lugar esta noche. Está claro que el día entero comienza a contarse desde la noche anterior, aunque no se ajuste al orden de días mencionado en el Génesis, no obstante que también allí las tinieblas han precedido al día, pues las tinieblas se cernían sobre el abismo cuando dijo Dios: «Hágase la luz, y la luz fue hecha». Pero como aquellas tinieblas aún no eran la noche, tampoco había días... En consecuencia, el sábado, que comenzó con su propia noche, concluyó en la tarde de la noche siguiente, que es ya el comienzo del día del Señor, porque el Señor lo hizo sagrado con la gloria de su resurrección” (Sermón 221, 4).

El mismo Señor resucitado que ascendió, vendrá a juzgar tal y como subió, aunque Agustín nos invita antes de nada a prepararnos para mayores cosas: “Como ya sabéis, es necesario preparar el corazón para ver la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la que creemos sin haberla visto, y creyendo, purificamos nuestro corazón para poder verla” (Comentario al salmo 85, 21). Cuando vuelva el Señor juzgará a los buenos y a los malos: “Se sentará como juez el que estuvo ante el juez; condenará a los verdaderos culpables quien fue juzgado falsamente reo. Él mismo será quien venga, en aquella condición vendrá. También esto lo tienes en el Evangelio en el momento de elevarse al cielo en presencia de sus discípulos” (Sermón 127, 7, 10). Como le vieron subir así ha de volver a ser juez y a ejercer su oficio: “Cristo nos juzgará en la misma forma humana en que fue juzgado él. Así oyeron los apóstoles que había de venir cuando le vieron subir al cielo. Tal forma será visible a vivos y a muertos, a buenos y a malos, sea que identifiquemos a los vivos con los buenos y a los muertos con los malos, sea que por vivos se designe a quienes encuentre en vida a su llegada, y por muertos a quienes su presencia resucitará... En su forma humana, los unos verán a aquel en quien creyeron y los otros al que despreciaron. Pero los malvados no verán la forma divina, en la que es igual al Padre” (Sermón 214, 9).

Es el Hijo el encargado de juzgar, el Padre no juzga a nadie: “Sin embargo, si te fijas, incluso la cruz misma fue un tribunal, ya que, colocado en medio el juez, un bandido, el que creyó, fue liberado; el otro, el que escarneció, fue condenado. Daba ya a entender lo que

va a hacer con los vivos y los muertos: poner a unos a la derecha, y a otros a la izquierda. Un bandido es similar a quienes estarán a la izquierda, el otro es similar a quienes estarán a la derecha. Era juzgado y amenazaba con el juicio” (Comentario a Juan 31, 11). En el fondo, el Padre, aunque está presente cuando juzga el Hijo, deja al Hijo que ejerza esa función: “Por esta razón, cuando en los libros proféticos se nos descubre que Dios ha de venir a realizar el juicio final, aunque no se precise más, debemos aplicárselo a Cristo en razón únicamente del juicio... El Padre, por la manifestación de su presencia, *no juzga a nadie, ha delegado toda potestad de juzgar en el Hijo*, que se manifestará como hombre para juzgar, del mismo modo que como hombre fue juzgado” (La ciudad de Dios 20, 30, 4). Es decir, el que juzga es el mismo que fue juzgado y que ejerce su oficio justamente: “Porque en el juicio no será visto él en persona: *Mirarán hacia quien punzaron*. Juez será la forma aquella que compareció bajo el poder del juez; juzgará la que fue juzgada: juzgará justamente, pues fue juzgada injustamente. Vendrá, pues, la forma *de esclavo* y ésa misma aparecerá, pues la forma *de Dios*, ¿cómo aparecerá a justos e inicuos? Por cierto, si el juicio no sucediera sino entre solos los justos, a los justos aparecería como la forma *de Dios*” (Comentario a Juan 19,16).

El Hijo no actúa por su cuenta, sino que el Padre es el que le pide al Hijo que ejercite el juicio y así pueda ser visto por todos los que juzga. Esta es la nueva misión que se le encarga al Hijo: “Sí, las dos clases lo vieron cuando estaba aquí; y las dos lo verán también cuando venga. Vendrá el Hijo del hombre a juzgar, porque el Hijo del hombre vino para ser juzgado. Y como el Padre no se encarnó, el Padre no sufrió la pasión, y juzga por medio del Hijo del hombre, como dijo él mismo en el Evangelio: El Padre no juzga a nadie, sino que ha delegado todo juicio en el Hijo; y sigue diciendo poco después: Y le dio la potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. Por el hecho de ser Hijo de Dios, el Verbo está siempre con el Padre, y por eso mismo juzga siempre junto con el Padre; pero por ser Hijo del hombre, y haber sido juzgado, también habrá de juzgar. Y así como fue visto tanto por los que creyeron, como por los que lo crucificaron cuando fue sometido a juicio, así también, cuando comience a ser juez, será visto por los que condenará, como por los que coronará” (Comentario al salmo 48 I, 5).

Aparece en la forma de hombre porque los impíos no pueden verle en la forma de Dios: “Ciertamente has recibido el poder de juzgar, *porque eres hijo de hombre*; he aquí que estarás presente en el juicio, los cuerpos resucitarán; di algo del juicio mismo, esto es, de la separación de malos y buenos... Pero, resucitando y saliendo de los sepulcros, no todos *irán a vida eterna*, sino quienes obraron bien; quienes, en cambio, obraron mal, irán al juicio. Por cierto, puso aquí «juicio» por castigo” (Comentario a Juan 19, 18).

4. SE APARECIÓ A LOS SUYOS ¹¹

La fe pascual tiene una importancia decisiva para la comprensión de Jesús y la autocomprensión del hombre. Solo a la luz de las apariciones se convierte el sepulcro vacío en testigo de la resurrección ¹²: “Como resultado de estas apariciones, y tras la comprobación de que el sepulcro está vacío, llegan a la convicción de que Jesús está vivo, de que ha resucitado, de que Dios le ha acreditado y afirmado otorgándole parte de su propia vida” ¹³.

Agustín descubre en las apariciones de Cristo resucitado a los apóstoles la realidad del cuerpo, es decir, la verdad de la carne de Cristo resucitado y trata de conciliar todos los relatos de las apariciones (cf. La concordancia de los evangelistas 3, 74-75). En las apariciones Agustín quiere mostrar que Cristo presenta su verdadera carne: “Cristo mostró verdadera carne y por tanto verdadera muerte, verdadera resurrección y verdaderas cicatrices” (Réplica a Secundino 25). Más claro vemos la argumentación de Agustín cuando dice: “No escuchemos tampoco a los que niegan que el Señor resucitase con el mismo cuerpo que fue depositado en el sepulcro. Si no hubiera sido el mismo, no hubiera dicho a sus discípulos después de la resurrección:

¹¹ En este apartado soy deudor en parte del artículo de BOCHET, I., «Ostendit caput, ostendit corpus (In Ps. 147, 18). L'exégèse augustinienne de l'apparition aux apôtres en Lc 24, 36-49», en *Revue d'Etudes Augustiniennes et Patristiques*, vol. 65, 2, pp. 267-286.

¹² Cf. ANNETTE HERZ, G. T., *El Jesús histórico*, Sígueme, Salamanca 2000, p. 532.

¹³ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, G., *o.c.*, pp. 126-127.

Palpad y ved, porque el espíritu no tiene huesos y carne, como veis que tengo yo. Es un sacrilegio creer que nuestro Señor, que es la misma Verdad, haya mentido en algo” (El combate cristiano 24, 26).

En la predicación es constante esta manera de presentar la resurrección y sigue afirmándolo hasta el final de su vida, por ejemplo, en el libro sobre la continencia, dice: “¿Qué es lo que dice el loco de Manés acerca de la carne de Cristo? Que no era verdadera, sino falsa. ¿Y qué dice a eso el bienaventurado Apóstol? *Recuerda que Jesucristo resucitó de entre los muertos y pertenece al linaje de David, según mi evangelio.* Y el mismo Cristo dijo: *tocad y ved; un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo.* ¿Cómo ha de haber en esa doctrina maniquea verdad, cuando afirma que en la carne de Cristo había falsedad? ¿Cómo no iba Cristo a merecer censura si hubiese habido en Él tal impostura? Para esos hombres demasiado puros es un mal la carne verdadera y no es un bien el dar la carne falsa por verdadera; es un mal la carne verdadera de Cristo cuando nació del linaje de David, y, en cambio, no sería un mal la lengua embustera de Cristo cuando dice: *tocad y ved; un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo*” (La continencia 10, 24). Con esto lo que se pretende es resaltar la carne de Cristo, afirmarla porque no es nada malo...

En el tiempo pascual Agustín trata de explicar a los fieles lo que es la resurrección para evitar una comprensión errónea de la misma, para que no vean a un fantasma, como les pasó a los discípulos. Creer que Cristo no es solo espíritu, que es también carne: “¿Por qué digo yo que Cristo fue carne? Tú dices que fue espíritu; yo que fue espíritu y carne. Nada mejor dices tú; lo que dices es menos. Escucha, pues, todo lo que digo yo, es decir, lo que confiesa la fe católica, lo que afirma la verdad bien fundamentada y clara en extremo. Tú dices que Cristo fue solamente espíritu, cosa que también lo es nuestra alma; afirmas que Cristo fue sólo eso” (Sermón 237, 2). Es curioso esta manera de argumentar de Agustín al afirmar que es espíritu y carne es más que afirmar que es solo espíritu, pero tiene sentido en el contexto en el que está afirmado, ya que los enemigos habían dicho que es más el espíritu que la carne (Cf. Sermón 237, 2). Agustín termina apelando a la Escritura, donde se nos dice que los discípulos también estaban en lo mismo, de hecho, pensaban que era un espíritu, pero Cristo les hizo cambiar de opinión, mostrando que era también carne: “Los discipu-

los pensaron lo mismo que hoy piensan los maniqueos, los priscilianistas, a saber, que Cristo el Señor no tenía carne verdadera, que era solamente un espíritu. Veamos si el Señor los dejó errar. Ved que el pensar eso es un perverso error, pues el médico se apresuró a curarlo y no lo quiso confirmar. Ellos, pues, creían estar viendo un espíritu; pero ¿qué dijo para erradicar esos pensamientos de sus corazones quien sabía lo dañinos que eran? ¿Por qué estáis turbados? ¿Por qué estáis turbados y suben esos pensamientos a vuestro corazón? Ved mis manos y mis pies; tocad y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Sermón 238, 2).

Agustín insiste en el cuidado que Cristo tiene, como un hábil arquitecto, para consolidar la fe de sus discípulos, no solo se deja ver, sino que les invita a tocar y les pide algo de comer: “Pero entonces era increíble; por eso el hecho se hacía patente no sólo a los ojos, sino también a las manos, para que a través del sentido corporal descendiese al corazón la fe y, habiendo descendido allí, pudiera ser predicada por el mundo a quienes ni veían ni palpaban y, no obstante, creían sin dudar... Reconozcan, pues, los discípulos como verdadero el cuerpo que reconoció el mundo entero gracias a su predicación” (Sermón 116, 3). Agustín le pide al Señor que venga a darnos a conocer la verdad, a abrir nuestra inteligencia a la comprensión y reconozcamos al resucitado: “Ven, pues, Señor; fabrica las llaves; abre para que comprendamos. He aquí que dices todo y no se te da crédito. Se te toma por un espíritu. Te tocan, te palpan y aún se sobresaltan quienes lo hacen. Los instruyes con las Escrituras y aún no comprenden. Están cerrados los corazones; abre y entra. Así lo hizo. *Entonces les abrió la inteligencia*. Ábrela, Señor; abre también el corazón a quien duda de Cristo. Abre la inteligencia a quien cree que Cristo fue un fantasma. *Entonces les abrió la inteligencia para que comprendiesen las Escrituras*” (Sermón 116, 5).

Para Agustín la terminología de las Escrituras confirma la fe en la resurrección. Es tanto como decir que, para él, la vista y el tacto no son suficientes, necesitamos también el testimonio de la Escritura, del Antiguo Testamento, de los profetas: “No hemos aceptado, pues, el Antiguo Testamento con el fin de conseguir aquellas promesas, sino para entender en ellas el anuncio del Nuevo. En efecto, el testimonio del Antiguo, otorga fe al Nuevo. Por esa razón el Señor, después de

resucitar de los muertos se ofreció no sólo a que le viesen, sino también a que le tocasen con sus manos los discípulos; mas, para que no pensasen que les engañaban sus sentidos carnales y mortales, los afianzó con el testimonio de los libros antiguos, al decir: *Convenía que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos*” (Replica a Fausto 4, 2).

También en la polémica con los donatistas Agustín reflexiona sobre la resurrección de Cristo, aunque ya no se fijara en la resurrección de la carne, sino en lo que dice Lucas: “el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén” (Lucas 24, 46-47). Las apariciones a los apóstoles manifiestan la Cabeza y el Cuerpo, el Esposo y la Esposa. Veamos cuál es la argumentación de Agustín: primero les dice a los donatistas que se puede aceptar que quien no cree en la resurrección corporal de Cristo, no es que escuche a Cristo, porque no cree en lo que Él dice y por lo cual son infieles a Cristo: “Puesto que por sus palabras aparece dónde está la Iglesia, es bien claro dónde está el redil de Cristo. Por consiguiente, manifestado y claramente expresado este redil por las palabras bien precisas del Señor, ¿no serán auténticos lobos rapaces quienes, no digo por falsos, sino, lo que es manifiesto, por inciertos crímenes de los hombres, apartan de tal redil a las ovejas y las arrancan de la vida de la unidad y de la caridad, y alejándolas las matan? ¿No son éstos lobos rapaces?” (Replica a las cartas de Petiliano 2, 83, 164).

Como vemos Agustín asocia la fe en la verdad del cuerpo de Cristo resucitado y la fe en la Iglesia católica. De hecho, establece una correspondencia entre los discípulos de Jesús y nosotros hoy: los discípulos han visto y tocado a Cristo resucitado en su carne, pero no han visto a la Iglesia extendida por el mundo entero; nosotros, por el contrario, vemos la difusión de la Iglesia por todas las naciones, pero no hemos visto a Cristo resucitado. Los discípulos, por lo tanto, tenían que creer lo que Cristo les dijo acerca de la Iglesia, así como nosotros debemos creer lo que nos dijeron sobre Cristo resucitado: “Cristo entero se manifestó a ellos y a nosotros, pero ni ellos ni nosotros lo hemos visto en su totalidad. Ellos vieron la Cabeza y creyeron en el cuerpo; nosotros vemos el cuerpo y creemos en la Cabeza” (Sermón 116, 6; cf. Sermón 238, 3).

En la reflexión sobre los cuerpos resucitados usa también las apariciones a los apóstoles. La primera pregunta que le hace Consencio es: “¿Tiene ahora el cuerpo del Señor huesos y sangre y las demás formas de la carne?” (Carta 205, 2) y Agustín, después de indagar el porqué de la pregunta, dice: “Haya fe y no habrá problema, a no ser que se pregunte por la sangre, ya que Cristo cuando dijo: *palpad y ved que el espíritu no tiene huesos y carne*, no añadió «ni sangre». Pero no añadamos preguntas sobre lo que él no añadió palabras y, si te place, demos fin a la cuestión por la vía rápida. Tomando ocasión de la sangre, podría venir otro molesto preguntón, diciendo: «Si tiene sangre, ¿por qué no ha de tener pituita y bilis amarilla y negra, pues hasta la ciencia médica atestigua que esos cuatro humores templan la naturaleza de la carne?»” (Carta 205, 3). La respuesta, por tanto, está clara: “Añada cada cual lo que quiera, con tal que no añada la corrupción, no sea que corrompa la salud e integridad de la fe” (Carta 205, 3).

Es más, dice Agustín que cuando Pablo habla de la carne y la sangre, se está refiriendo a las obras de la carne y la sangre: “En el Apóstol leemos: *La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios*. La dificultad se desvanece también en esa forma que tú propones, entendiendo por carne y sangre las obras de la carne y de la sangre” (Carta 205, 5). Esto se puede aplicar al cuerpo resucitado de Cristo. A partir de aquí Agustín introduce la noción de “cuerpo espiritual”, como oposición a “cuerpo animal”, aunque eso de cuerpo espiritual puede inducir a confusiones: “Algunos creen que el cuerpo se hará espiritual cuando también él sea convertido en espíritu, como si el hombre, que constaba de cuerpo y espíritu, hubiera de ser después enteramente un espíritu, o como si el Apóstol dijera: Se siembra un cuerpo y resucitará un espíritu... ¿Quién osará opinar, o que el cuerpo de Cristo no resucitó espiritual, o que, si resucitó espiritual, ya no era un cuerpo, sino un espíritu, cuando el Señor refuta esa opinión de los discípulos? Al verle, creyeron que veían un espíritu, y Él les dijo: *Palpad y ved que un espíritu no tiene huesos y carne, como veis que yo tengo*. Luego aquella carne era ya un cuerpo espiritual; no un espíritu, sino un cuerpo que en adelante ya no se disolvería ni se separaría del alma por la muerte, como el cuerpo del alma, cual Dios le animó con su hálito cuando *el hombre se convirtió en alma viva*, había de pasar de ser cuerpo animal a ser cuerpo espiritual sin intervención de la muerte” (Carta 205, 10).

Tratando de aclarar mejor los textos bíblicos, Agustín nos habla de los dos sentidos de la palabra carne: “¿Cómo estará entonces el cuerpo, sometido en todo al espíritu, totalmente vivificado por él, sin necesidad de alimento alguno? Porque ya no será entonces animal, sino espiritual, conservando ciertamente la sustancia de la carne, pero sin resto de corrupción carnal” (La ciudad de Dios 22, 24, 5). Lo cierto es que para Agustín el cuerpo resucitado es el mismo que antes de morir, aunque libre de la corrupción y totalmente vivificado por el espíritu: “No se trata, pues, de otro cuerpo. «No abandono –dice– el cuerpo terreno y tomo otro de aire o de éter. Recupero el mismo, pero sin ser ya de esta muerte»” (Sermón 256, 2). Él reconoce que es lógico que los hombres carnales tengan dificultades para creer las cosas divinas, ellos sólo aceptan lo que ven, pero está claro y no tenemos nada más que aceptarlo: “Hablemos de la resurrección de la carne, en la medida de nuestras posibilidades y de la gracia que nos otorgue Dios, en estas fechas sagradas dedicadas a la resurrección del Señor. Tal es, en efecto, nuestra fe; tal el don que tenemos prometido en la carne de nuestro Señor Jesucristo; él nos precedió como ejemplo. No sólo quiso anunciarnos, sino también mostrarnos lo que nos tiene prometido para el final. Quienes entonces se hallaban con él lo vieron, y, como se habían asustado, creyendo estar ante un espíritu, tocaron la solidez de su cuerpo” (Sermón 242, 1). La frase lapidaria que utiliza es “Resucitó Cristo: es un hecho inapelable... ¿Por qué nos extrañamos? ¿Por qué no creerlo? Dios es quien lo ha hecho; considera quién es el autor y elimina toda duda” (Sermón 242, 1).

Agustín examina todas las cuestiones suscitadas por la resurrección, la primera concierne a la condición del cuerpo resucitado, si está sujeto a la corrupción: “Preguntan los hombres si ha de existir tras la resurrección de los muertos la corrupción física que experimentan en su carne. Les respondemos que no.” (Sermón 242, 2). Cristo resucitado come a los ojos de los discípulos, pero hay que distinguir entre comer y tener hambre: “Si comió fue porque pudo hacerlo, no porque tuviera necesidad. Si hubiera deseado comer, hubiese tenido necesidad de algo. Y, a su vez, si no hubiera podido comer, su poder hubiese sido menor” (Sermón 242, 2). Como vemos, Agustín distingue el comer por necesidad y comer porque quieres, como en el caso de los ángeles: “No parecen contradictorias la comida de Cristo después de

su resurrección y la carencia de comida en la resurrección que se nos promete. En efecto, leemos que los ángeles comieron esos alimentos en la misma forma, no en una apariencia fingida, sino en una realidad patente, y, sin embargo, no fue por necesidad, sino por potestad” (Carta 102, 6). En resumen, para Agustín es verdadera la carne de Cristo y es verdadero el cuerpo de Cristo resucitado.

5. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA CRISTIANA ¹⁴

Como ya sabemos la esperanza en la resurrección es el distintivo de la fe de los cristianos: “La resurrección de los muertos es creencia específica de los cristianos. Cristo, nuestra cabeza, nos la mostró en su persona y nos otorgó una prueba de lo que creemos para que los miembros esperen para ellos lo que ya tuvo lugar en la cabeza” (Sermon 241, 1). Y esto porque esta esperanza tiene por fundamento la resurrección de Cristo: “En la esperanza, efectivamente, vive el hijo de la resurrección; vive en la esperanza mientras peregrina aquí la ciudad de Dios, engendrada en la fe de la resurrección de Cristo” (La ciudad de Dios 15, 18). Es decir, la esperanza cristiana se fundamenta en que Cristo vence a la muerte y ha de venir al final a consumir el triunfo con la resurrección de los hombres, después de haber muerto. Esto ha de suceder cuando venga Cristo: “¿Cómo sucederá todo esto? Ahora no podemos más que hacer conjeturas con nuestra pobre razón. Entonces habrá más posibilidades de conocerlo. Lo que sí es preciso creer –si queremos ser cristianos– es que habrá resurrección de los muertos en la carne cuando Cristo venga a juzgar a vivos y muertos. Pero no porque no lleguemos a comprender perfectamente cómo se ha de realizar, ya por eso nuestra fe es inútil en este punto” (La ciudad de Dios 20, 20, 3). De todas las maneras esto no sería todo ya que “San Agustín trata el tema de la resurrección desde cuatro perspectivas: afirma el hecho apoyándose en la enseñanza de la Sa-

¹⁴ En este apartado, en parte soy deudor de DALEY, B., «Resurrección», en FITZGERALD, A. (dir.), *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 1138-1140.

grada Escritura; muestra que no es contrario a la razón utilizando las razones que le parecen más plausibles entre los filósofos; se apoya en las dotes del cuerpo glorioso para dejar fuera de dudas que creer en la resurrección no es creer en un absurdo y, finalmente, plantea y resuelve las objeciones más divulgadas contra la resurrección”¹⁵.

La esperanza cristiana es la confianza de que resucitaremos con los mismos cuerpos que tenemos en nuestra vida anterior. La razón de peso de esta esperanza no es otra que la resurrección de Cristo: “Y como por la misma naturaleza nos infundió el deseo de la inmortalidad, permaneció Él feliz y tomando al mortal, para darnos lo que amamos, nos enseñó con sus sufrimientos a menospreciar lo que tememos... Cómo estarán los cuerpos en la resurrección se puede discutir con mayor precisión entre los más conocedores de las Escrituras cristianas, y han de tener las cualidades que, con su resurrección, nos mostró el ejemplo de Cristo” (La ciudad de Dios 10, 29). De hecho, según Agustín, todas las apariciones de Cristo después de la resurrección están programadas para que los creyentes crean en la resurrección de los muertos: “Para confirmar que había resucitado en la carne, el Señor Jesús mostró a los sentidos humanos su forma corporal. Al mostrarse vivo en la carne después de su resurrección, quiso enseñarnos únicamente que creyéramos en la resurrección de los muertos” (Sermón 243, 3). Podemos decir que el modelo, la medida de los cuerpos resucitados es el cuerpo resucitado de Cristo y esto es muy importante, porque nos viene a decir que los miembros de Cristo participan de la misma resurrección de Cristo: “Si, por el contrario, las palabras del Apóstol de que todos hemos de alcanzar *el desarrollo pleno de Cristo*, o las otras: *predestinados a reproducir la imagen del Hijo de Dios*, se han de entender en el sentido de que la talla y medida del cuerpo de Cristo sea la de todos los cuerpos humanos que estarán en su reino” (La ciudad de Dios 22, 12, 1; La ciudad de Dios 22, 16).

Cuando comenta a san Pablo que habla de los cuerpos espirituales, Agustín dice que no hay que entenderlo como que el cuerpo resucitado será un espíritu: “Ya sólo nos queda la cuestión del cuerpo espiritual, en cuanto estará revestido de incorrupción e inmortalidad

15 MATEO-SECO, L. F., «Escatología», *a.c.*, p. 976.

este cuerpo que ahora es mortal y corruptible, y en cuanto de animal se convertirá en espiritual” (Carta 147, 50-51). Este es el pensamiento de Agustín maduro, ya que anteriormente había defendido que el cuerpo resucitado carecería de carne y de sangre, aunque sigue siendo cuerpo: “Así, pues, según la fe cristiana, que no puede engañar, el cuerpo resucitará. A quien esto le parezca increíble es porque mira sólo a cómo es la carne ahora, pero no considera cómo será: pues en el tiempo de la transformación angélica, ya no será carne y sangre, sino solamente cuerpo” (La fe y el Símbolo 10. 24). De hecho, hablaba de cuerpo celeste y angelical: “Cuando esto se realice ya no habrá carne ni sangre, sino un cuerpo celestial. Es lo que promete el Señor cuando dice: *no se casarán ni tomarán esposa, sino que serán como los ángeles de Dios*. Pues ya no vivirán para los hombres, sino para Dios, cuando sean hechos iguales a los ángeles. La carne y la sangre se transformarán y se harán un cuerpo celeste y angelical” (El combate cristiano 32, 34).

Tratando de explicar qué es el cuerpo espiritual, dice Agustín que se trata de la incorruptibilidad del cuerpo. Ya no serán cuerpos corruptibles, pero además estarán en todo dirigidos por el espíritu, serán cuerpos convertidos a la obediencia: “El espíritu sirviendo a la carne, en cierto modo se llama carnal; así también la carne, sirviendo al espíritu, se llamará espiritual, no porque se haya de convertir en espíritu, sino porque se someterá al espíritu con suma y admirable facilidad obediencial, hasta el punto de proporcionarle a la voluntad cabal seguridad de una estable inmutabilidad, donde no sufrirá ya sensación alguna de molestia, corruptibilidad y torpeza” (La ciudad de Dios 13, 20). Este cuerpo al estar al servicio del querer del espíritu, se llama espiritual, aunque siga siendo cuerpo: “No sin razón se llaman espirituales esos cuerpos. No reciben ese nombre porque sean espíritus en vez de cuerpos... ¿Por qué se habla, amadísimos, de un cuerpo espiritual sino porque estará al servicio de lo que quiera el espíritu?” (Sermón 242, 8, 11).

El cuerpo resucitado poseerá dinamismo y ligereza porque participa ya de la vida divina; estará ya con Dios: “Allí no existirán estas guerras; allí habrá paz, paz perfecta. Estarás donde quieras estar, pero nunca lejos de Dios. Estarás donde quieras; pero, vayas donde vayas, tendrás a tu Dios. Siempre estarás con aquel que te hace feliz” (Sermón 242, 8, 11). Además, el cuerpo resucitado estará capacitado

para comprender los pensamientos de los otros, por profundos que sean: “Hermanos míos, en aquella asamblea de santos todos verán los pensamientos de todos, que ahora sólo ve Dios. Allí nadie quiere que quede oculto lo que piensa, porque nadie piensa mal” (Sermón 243, 5). El cuerpo resucitado verá la vida de Dios en todos y sabrá quién está vivificado, que es tanto como decir que el resucitado formará asamblea con todos los resucitados y vivificados: “Pero así como, con relación a los hombres que viven con nosotros y manifiestan su vida a través de sus movimientos, tan pronto como los miramos no creemos que viven, sino que lo vemos, no pudiendo ver su vida sin los cuerpos, de la misma manera, adondequiera que volvamos los ojos de nuestros cuerpos espirituales veremos, incluso con mirada corporal, a Dios incorpóreo rigiendo todas las cosas... Conoceremos a Dios tan claramente, que lo veremos en espíritu cada uno de nosotros, lo veremos en los demás, lo veremos en sí mismo, lo veremos en el cielo nuevo y en la tierra nueva, y lo mismo en toda criatura entonces existente; lo veremos también presente en todo cuerpo con los ojos del cuerpo, adondequiera que se dirijan y alcancen esos ojos del cuerpo espiritual” (La ciudad de Dios 22, 29, 6).

Lo que quiere que entendamos Agustín es que el cuerpo de los justos resucitará con cualidades que se acercan al espíritu, esta es la gran novedad del cuerpo resucitado, que es cuerpo espiritual, revestido de incorrupción y de inmortalidad. Pero el cuerpo resucitado es verdadera carne, no espíritu: “Así, pues, estará sometida al espíritu la carne espiritual, pero al fin carne, no espíritu; como estuvo en la carne el mismo espíritu carnal, pero al fin espíritu, no carne” (La ciudad de Dios 22, 21). Así adquirirá una belleza impresionante y una gran agilidad: “Así, pues, los cuerpos de los santos resucitarán sin ningún defecto, sin ninguna fealdad, así como también sin ninguna corrupción, ni pesadez, ni impedimento; y será en ellos tanta su agilidad, cuanta su felicidad. Por esta razón han sido llamados cuerpos espirituales, aunque, sin duda alguna, han de ser cuerpos, no espíritus. Pues, así como ahora se dice que un cuerpo es animado a pesar de ser cuerpo y no alma, así entonces será un cuerpo espiritual. Aunque sea cuerpo y no espíritu” (Enquiridión 23, 91).

Lo cierto es que para Agustín la resurrección es una regeneración por un modo nuevo de existir en Cristo: “Significó con su resurrec-

ción nuestra nueva vida, que renacía de la antigua muerte, por la cual estábamos sumergidos en el pecado” (Enquiridión 13, 41). Se trata de una regeneración espiritual que sucede en la resurrección, porque la resurrección es una nueva generación: “Pues bien, indicando esto (la total generación), dice: *La generación y la generación alabará tus obras*. ¿O es que pretendió insinuar por esta repetición dos generaciones distintas, pues en la generación presente somos hijos de Dios, y en la futura seremos hijos de la resurrección? La Escritura nos llamó “hijos de la resurrección”, y a la misma resurrección la llamó “regeneración”” (Comentario al salmo 144, 6).

El cuerpo resucitado tendrá los mismos componentes que tiene en la actualidad, aunque será transformado. En el fondo seguimos en el misterio y navegamos en las aguas del antes y después, siendo lo mismo pero distinto: “Mas, si en los cuerpos resucitados ha de haber una razonable desigualdad, como la que existe en las voces que forman la armonía de un canto, esto le resultará a cada uno de la materia de su propio cuerpo, lo cual hará digno al hombre de habitar entre los coros angélicos, y nada indecoroso imprimirá en sus sentidos” (Enquiridión 23, 90). Por eso afirma Agustín: “La promesa se limita a afirmar que los cuerpos han de resucitar incorruptibles e inmortales” (Sermón 242, 3, 4).

SANTIAGO SIERRA, OSA